

Evangelio del Domingo

El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 15, 1-8).

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.»

«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.»

«Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

Lecturas del domingo de la 5ª Semana de Pascua (29.04.2018)	
1ª Lectura:	De los Hechos de los Apóstoles (Hch 9, 26-31).
Salmo:	Salmo 21 (Sal 21, 26b-27. 28 y 30. 31-32).
2ª Lectura:	De la primera carta del Apóstol san Juan (1 Jn 3, 18-24).
Evangelio:	Del Evangelista san Juan (Jn 15, 1-8).

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia:

El Amor en la Familia

Exhortación Apostólica «Amoris Laetitia» del Santo Padre FRANCISCO (76)

ACOMPañAR EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA VIDA MATRIMONIAL

Recuerdo un refrán que decía que el agua estancada se corrompe, se echa a perder. Es lo que pasa cuando esa vida del amor en los primeros años del matrimonio se estanca, deja de estar en movimiento, deja de tener esa inquietud que la empuja hacia delante.



La ilusión hacia adelante con ese amor joven, la ilusión con esos ojos asombrados hacia la esperanza, no debe detenerse. En el noviazgo y en los primeros años del matrimonio la esperanza es la que lleva la fuerza de la levadura, la que hace mirar más allá de las contradicciones, de los conflictos, de las coyunturas, la que siempre hace ver más allá. Es la que pone en marcha toda inquietud para mantenerse en un camino de crecimiento.

La misma esperanza nos invita a vivir plenamente el presente, poniendo el corazón en la vida familiar, porque la mejor forma de preparar y consolidar el futuro es vivir bien el presente. El camino implica pasar por distintas etapas que convocan a donarse con generosidad: del impacto inicial, caracterizado por una atracción marcadamente sensible, se pasa a la necesidad del otro percibido como parte de la propia vida.

De allí se pasa al gusto de la pertenencia mutua, luego a la comprensión de la vida entera como un proyecto de los dos, a la capacidad de poner la felicidad del otro por encima de las propias necesidades, y al gozo de ver el propio matrimonio como un bien para la sociedad.

La maduración del amor implica también aprender a «negociar». No es una actitud interesada o un juego de tipo comercial, sino en definitiva un ejercicio del amor mutuo, porque esta negociación es un entrelazado de recíprocas ofrendas y renunciaciones para el bien de la familia.

En cada nueva etapa de la vida matrimonial hay que sentarse a volver a negociar los acuerdos, de manera que no haya ganadores ni perdedores, sino que los dos ganen. En el hogar las decisiones no se toman unilateralmente, y los dos comparten la responsabilidad por la familia, pero cada hogar es único y cada síntesis matrimonial es diferente.

Encuentro con Jesús

Juan 15, 1-8

...Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada...



Los que reciben a Cristo y su palabra, los que permanecen en él y cumplen lo que Él dice, los que mueren con él para que el mundo viva, dan mucho fruto.

Y éste es el fruto que permanece.

En este fruto, en esta cosecha, está empeñada la Iglesia.

Para llevar adelante su empeño debe continuar unida al Señor, dejando que sea el Señor el que inspire toda su organización y le infunda la vida.

Apóstoles de la Caridad

Hermana Rosemary Nyirumbe (II)

“Venid si queréis empezar de nuevo; venid como sois: nadie os juzga”

‘Rosemary Nyirumbe. Coser la esperanza. La mujer que devuelve la dignidad a las niñas soldado’ es el título del libro, publicado hace unos años en Estados Unidos, en el que la hermana Rosemary relata las historias de horror y renacimiento vividas por las chicas que se forman en el Instituto Santa Mónica de Gulu (Uganda) y que, hasta hace algún tiempo, pocos estaban al corriente de sus tragedias. Ni siquiera ella sabía que esas jóvenes estudiantes, que en 2001 asistían a su escuela, llevaran ese peso encima. Un doloroso peso y un tormento como el de Sharon, a quien preguntó una vez:

«¿quieres decirme qué te ha sucedido cuando vivías en el bosque?». «No puedo, respondió ella; no me perdonarías nunca». «¿Por qué necesitarías mi perdón?». «Porque me obligaron a asesinar a mi hermana.»



«Así, nadie tiene excusa para decir ‘no sabía nada de lo que sucede en Uganda’», dice la hermana cuando presenta el libro. «Todos deben hacer algo porque no pueden existir todavía ciertas situaciones. Es necesario tener una visión de conjunto e impedir tales crímenes; ‘el pasado es pasado, pero hay un futuro de esperanza’. Es lo que digo siempre a mis chicas para ayudarles a no sentirse víctimas sino victoriosas».

Sor Rosemary, en efecto, había ido descubriendo uno a uno los dramas de las chicas del instituto. Ella, que a los 15 años expresó su deseo de hacerse monja para dedicarse a los pobres, a la vista de tanto dolor, se puso en marcha, y, consciente del riesgo que corría, salió de la escuela para ir a buscar chicas por la sabana, haciendo correr la voz e, incluso, poniendo anuncios en las radios locales. «Venid aquí, en Santa Mónica hay sitio para las que quieran empezar a vivir. Venid como sois; nadie os juzga».

A su puerta han llamado en estos años miles de madres, mujeres embarazadas, niñas soldado, adolescentes secuestradas que huyeron o fueron liberadas (entre ellas, una de las 60 mujeres del terrible Joseph Kony). Todas han sido recibidas con afecto, les han dado bienes de primera necesidad y sobre todo ese rayo de esperanza en el género humano que les había arrebatado la inocencia.

Rosemary Nyirumbe convirtió a Santa Mónica, una escuela de niñas que había perdido a casi todas sus estudiantes durante la guerra, en un centro de formación para esas mismas niñas y jóvenes que, además del secuestro, la violencia y la violación, ahora se sentían rechazadas por sus propias familias.

Seguirá (y III) en la próxima Hoja Semanal...